CAPÍTULO XXI. *De la primera obra de religión cristiana que Fernando Cortés hizo en esta Nueva España, en el pueblo de Cempoalla, luego que se confederó con los indios, que corresponde a lo mismo que se refirió en el capítulo pasado destos ministros evangélicos*

PARA DAR PRINCIPIO A LAS OBRAS HAZAÑOSAS que Dios hizo en estas gentes indianas, después que las dio a conocer a nuestros españoles, hemos de comenzar por la que este valeroso capitán, Fernando Cortés, acometió en el pueblo de Cempoalla, costa de la mar y muy cerca de la villa que en aquellas riberas o playas había fundado. El cual, para persuadirle a sus intentos, les dijo: que su señor el rey de Castilla, demás de mantener en paz y en justicia a sus vasallos, les prohibía todos los vicios que eran contra la ley de Dios, y que se escandalizaba mucho de los horrendos sacrificios de hombres, en especial siendo hechos en servicio del demonio; y que por tanto les convenía apartarse de todo esto y creer en un solo Dios, todo poderoso, criador del cielo y de la tierra, y que derribasen los ídolos, que eran invenciones del demonio, que por aquel modo los tenía engañados hasta aquel punto, que doliéndose Dios dellos, y usando de su misericordia, quería que abriesen los ojos en aquella ceguedad que hasta entonces por sus secretos juicios había permitido que estuviesen. Esto oyeron los indios con atención y no respondieron cosa que al capitán satisfaciese; y en el mismo tiempo le ofrecieron las ocho doncellas que dejamos referidas en el libro de la conquista, y como halló en esta ocasión otra vez entrada para su propósito, con mucha gravedad y elocuencia les dijo, que para que la hermandad y unión que habían prometido entre ellos fuese más estable, convenía que ante todas cosas reformasen sus abusos y se limpiasen de las diabólicas torpezas en que vivían, contentando al demonio con las vidas de los inocentes y comiendo su carne, siendo para Dios y para los hombres cosa abominable, a quien placía abriesen los ojos para conocer la falsedad en que vivían; y que de buena gana recibirían las doncellas, como se bautizasen y fuesen cristianas, porque de otra manera no les era permitido a los hombres, hijos de la iglesia de Dios, tener trato y comunicación con idólatras.

Los sacerdotes y señores que se hallaron presentes, viendo la instancia de Cortés y forzados a resistir su porfía, dijeron que siempre aquellos dioses que adoraban les habían dado salud y buenas sementeras y cuanto habían menester, y que no podían dejarlos, aunque les parecía muy bien la reformación de los vicios. Entonces los soldados castellanos, con celo cristiano, en voz de pueblo, dijeron que no podían sufrir las crueldades que aquellos bárbaros obstinados contra Dios hacían y usaban cada día en su presencia, endurecidos en su idolatría, y que en todo caso se volviese por la honra de Dios que para esto los había traído, ante todas cosas, sobre lo cual estaban prestos de perder las vidas.

Grande es el ánimo que pone la razón y mucho mayor cuando es en defensa de la ley y honra de Dios, a quien por tantas vías estamos obligados. Cuando el pueblo de Israel marchaba por el desierto, dice la Sagrada Escritura,[1] que en cierta ocasión de idolatría se desvergonzó uno de los príncipes de los doce tribus, y que fue tanto su atrevimiento que, públicamente y a vista de muchos, se metió a pecar con una mujer madianita que era idólatra; pero en tan grande desvergüenza, levantó Dios el espíritu de Finees, nieto de Aarón, y arrebatando un puñal con ira y rabia, de tan grande desacato, entró en la tienda donde los pecadores estaban y allí los cosió a entrambos con la tierra; porque quiso Dios que pecado público, públicamente se castigase, y que príncipe que no había guardado respeto a Dios, no fuese tampoco él respetado, ni temido. Cuando el rey Antiocho, envió contra los de Jerusalén y toda su tierra edicto, de que todos sacrificasen a los ídolos, fortaleció Dios el espíritu de valeroso varón Matatías, el cual celando su santísima honra, no sólo despreció y tuvo en poco su mandato, y no quiso adorar dioses vanos y falsos, pero con pecho osado y atrevido, viendo que un hebreo, con ánimo flaco y cobarde, había hincado las rodillas delante del mentiroso dios de los gentiles, arremetió a él con grande dolor de su corazón (como lo encarece la Sagrada Escritura)[2] y allí lo mató y con él al criado del rey idólatra que le había hecho hacer aquella idolátrica y supersticiosa adoración; y arremetió al ídolo y altar y todo lo destruyó y deshizo. Y prosigue luego el texto sagrado, que celó la ley y honra de Dios, como otro Finees, en la jornada de Egipto; de que Dios fue grandemente servido y su santísimo nombre glorificado. Pues, ¿quién duda, sabiendo lo que puede la verdad y la fuerza que tiene la razón, que los ánimos cobardes de hombres encendidos en deseos de defenderla no se fervoricen y pongan a riesgo de perder la vida en esta demanda, en especial siendo la causa de Dios, a quien sobre todas las cosas le debemos servicio y vidas? No hay que maravillar de que gente tan poca, como Fernando Cortés traía, tuviese atrevimiento de acometer empresa tan dificultosa contra gente tanta, pues como otro Finees y Matatías tenían en su favor y ayuda la ley santa de Jesucristo, que defendían, y siendo Dios con ellos, ¿quién habían de ser contra ellos?

Loando Fernando Cortés al pueblo cristiano su santo propósito, no quiso que luego se acometiese aquel caso a fuego y sangre; pero díjoles que era bien probar primero si por amor y blandura se podía acabar con ellos, que se apartasen de tan abominable hecho, y que cuando no lo quisiesen hacer y acetar sus ruegos, pues él se hallaba capitán de tan fervorosos y fieles cristianos, quería él primero morir con ellos en aquella demanda, y que también sería aquel buen modo de atraerlos a lo que les convenía. Andaban alterados los indios por la pretensión que conocían en Cortés y en sus cristianos, y acercándose el señor de Cempoalla, con otros señores y sacerdotes, dijo que le suplicaba que advirtiese que si aquella afrenta les hacía a sus dioses, los unos y los otros perecerían. Fernando Cortés dijo enton-

[1] Num. 25.
[2] 1. Mach. 2.

ces, con mucha risa, que para que mejor conociesen su yerro él quería ponerse en aquel peligro, y que ellos por sus manos derrocasen sus ídolos, para que luego saliesen de aquel engaño, y que mirasen que en ello no tratasen de hacer resistencia con armas, porque entendía que entre ellos se hablaba dello, pues quedarían los ídolos quebrados y por el suelo, y ellos severamente castigados. Con esta resolución (haciendo Marina oficio de maravilloso y eficaz intérprete), respondieron que no eran dignos de tocar a sus dioses, y que si todavía Fernando Cortés los quería derribar protestaban que no era con su consentimiento; pero sin embargo desta protestación subieron al templo hasta cincuenta soldados muy alegremente, y dando gracias a Dios, derribaron aquellas malas figuras de dragones, tigres, osos y otros animales inmundos y sucios, cantando con la iglesia: sal dellos espíritu inmundo y da lugar al Espíritu Santo, consolador. Los indios lloraban y tapábanse los ojos y excusábanse diciendo, que no era más en su mano, ni podían defenderlos, y que por esto no eran participantes en la culpa. Este rumor y alboroto se extendió luego por todo el lugar, y acudió al ruido grandísimo número de gente con armas; pero Cortés mandó prender al cacique de la ciudad y todos los más sacerdotes y señores que pudo, y les dijo que si hacían movimiento, que ellos y todos los que se amotinasen habían de morir por ello. Púsose la gente castellana en arma y estuvo alerta para ejecutar en los indios lo que Cortés les mandase; pero no se descompusieron los indios, y así no acudieron a las armas los castellanos. Y si Finees, porque mató al insolente y desvergonzado príncipe, fue tan celebrado en las divinas letras, cuánta debe ser la celebración de Cortés y de sus soldados, pues no sólo acometen a evitar pecados carnales que contra Dios cometían, sino como otro Matatías destruir la falsa adoración de los ídolos, y prohibiéndolo a sus adoradores destruirles su altar y dar con sus ídolos en el suelo. Holgárame saber sus nombres, para dejarlos en eterna memoria, pues en este acto se mostraron justos y verdaderos cristianos, celando la honra de Dios y despojando della al maldito demonio, que falsamente se la aplica y usurpa. Y no es maravilla que estos indios se alterasen, viendo destruir sus dioses; pues como dice Cicerón, todos los hombres del mundo, por impulso oculto de la religión que profesan, son enseñados a reverenciar aquellos dioses que vieron adorar a sus antepasados, y defenderlos y estimarlos con suma diligencia y cuidado. Y mientras no tenían noticia estos indios de otro mejor dios, podían confiar en estos falsos que adoraban por buenos y verdaderos; y antes los vituperara como a muy malos, si en su defensa no hubieran hecho algún acto de sentimiento; porque si creían que eran buenos, hasta tener entera noticia de lo contrario, estaban obligados a defenderlos, como en realidad de verdad lo hicieran, si la misma verdad de que no lo eran no les hubiera acobardado.

Hecha esta referida ejecución, mandó Fernando Cortés que se quitasen de allí aquellos ídolos y los sacerdotes que andaban vestidos de mantas largas y negras, y con capillas, los tomaron y llevaron. Fernando Cortés dijo por su intérprete a los sacerdotes y señores, que ahora los tenía por hermanos y que en conformidad de aquello ofrecía de nuevo favorecerlos

contra Motezuhcuma y contra todo el mundo; y les ordenaba de nuevo que no le pagasen tributo (como en el principio del libro de la conquista decimos), y que pues ya no había de haber más ídolos en los templos, convenía que se comenzase a tener muestra de cristiandad y entender en la verdadera salvación de las almas. Mandó que viniesen indios albañies y que quitasen las costras de sangre de hombres sacrificados y otras hediondeces y torpezas que había, y limpiasen los templos, especialmente, aquel donde esto pasaba que era el mayor del pueblo. Otro día estuvo todo muy limpio, encalado y bruñido, y levantado un altar aderezado con mantas ricas, muy compuesto de flores y rosas, y enramado. Mandó que los sacerdotes se cortasen el cabello y lo limpiasen, porque los traían muy sucios y enmarañados (como en otra parte decimos), y que se vistiesen mantas blancas; y todo aderezado les dijo, que considerasen cuanto más amable era la piedad católica, y más conforme a la buena orden y razón natural, pues que Dios aborrecía sodomías, y por ellas había destruido hombres y asolado ciudades, y los vicios que ellos mismos habían ofrecido de reformar, y también la crueldad de derramar sangre de hombres sin culpa; de que resultaban aquellas suciedades y hediondeces que habían limpiado, con que ya tendrían sus personas, sus hijos y amigos, seguros de la muerte; porque Dios quería que nadie padeciese y todos viviesen para darle gracias, porque él era solo el que les daba vida, salud y victoria contra sus enemigos, y buenas sementeras, y todos los demás bienes temporales y espirituales, y que supiesen que era tan amoroso con el género humano, que para salvarle había venido al mundo y encarnado en el vientre virginal de una señora, a cuya figura toda la iglesia y unión católica reverenciaba. La cual quería poner en altar, a quien se había de hacer mucha más honra de la que con sus falsos ídolos usaban; y que a ella con devoción y humildad se habían siempre de encomendar y pedirle ayuda en sus trabajos, porque verían cuán diferente favor y a menos costa suya lo hallarían que en sus falsos y detestables ídolos.

Hicieron una cruz y, apercebido el altar, enseñaron a los indios a hacer candelas de cera (que tenían mucha), y encendidas en las manos otro día de mañana, en procesión, loando a Dios por haber traído aquellos hombres a estado que le hacían aquel servicio, ensalzando su sante fe, confundiendo el demonio, abriendo los ojos para que aquellos hombres glorificasen a su divina majestad, todos con grande devoción, unos llorando de contento, otros cantando con candelas en las manos y con devoción de verdaderos cristianos, subieron la santísima cruz y la imagen de la virgen madre de Dios al altar, y el padre fray Bartolomé de Olmedo cantó la misa, y fue oficiada de algunos soldados que sabían cantar. Acabada la misa se bautizaron las ocho indias y quedóse Cortés con la sobrina del señor de Cempoalla, que se llamó doña Catalina, y las otras repartió a otros caballeros y las llevaron consigo, de que los indios recibieron contento; y por esto fueron siempre buenos amigos de los castellanos. Nombró Cortés por ermitaño, para guarda de aquel nuevo templo de Dio, a un soldado anciano y viejo, natural de Córdoba, llamado Juan de Torres, para que tuviese cuidado de

lo que se había de hacer en reverencia de Dios y para que enseñase a los indios, pues mejor recaudo por entonces no se les podía dejar. Y éste fue el primer acto de religión cristiana que hubo en esta Nueva España, de que tanta parte cabe a este valeroso capitán don Fernando Cortés, en el cual agradó a Dios y por él (por ventura) le libró de muchos y muy grandes peligros en que después se vido, y le concedió grandes y muy señaladas victorias. Porque si Dios paga con ventajas de gloria un pedazo de pan y un jarro de agua fría por su amor al pobre, ¿con cuántas mayores ventajas satisfará una obra tan heroica y hazañosa como ésta, de darle su honra que el demonio, falsa y tiránicamente, se la tenía usurpada? Yo tengo para mí que en este hecho mereció mucho para con Dios, y que por él le hizo muy señaladas mercedes.

CAPÍTULO XXII. *Del provecho que los religiosos de la orden de San Francisco hicieron en algunas cosas que hubo en aquellos primeros años que entraron en esta Nueva España, de desconciertos entre los españoles, que son dignos así de saber como de agradecimiento*

POR OCASIÓN DE LA MATERIA QUE EN EL capítulo pasado se ofreció, de hechos de los religiosos en destruir los templos de los ídolos y de murmuraciones de seculares que acerca deste caso hubo, me muevo a dar más clara noticia del desconcierto de aquellos primeros tiempos en los cuales ni valía la razón, ni podía el poder, para que muchas libertades que se ejecutaban no se pusieran en ejecución y se reprimieran. Porque como la ambición crecía y el remedio se dilataba, nacía deste enfrenado monstruo, no sólo mal daño para la república, sino soltura y atrevimiento contra lo espiritual y eclesiástico; y si los frailes de San Francisco no se opusieran a muchos destos desconciertos, era muy posible que los españoles murieran a sus manos en muy breves días; y así se les debe a estos evangélicos ministros la conservación desta tierra, y el no haberse perdido después de ganada, así como la primera conquista della se debe a don Fernando Cortés y a sus compañeros; hablo de la similitud o semejanza que en razón de gracias se les deben, así en la conservación a estos santos religiosos, como en la conquista a aquellos valerosos soldados.

Esta verdad me atrevo a afirmar con autoridad del padre fray Toribio Motolinía, uno de los doce, como testigo que fue de obra y vista. Del cual dice el venerable varón fray Gerónimo de Mendieta, que fue su guardián, y lo trató, conversó y conoció por santo, y por hombre que por ninguna cosa dejara de decir verdad en todo cuanto hablaba; el cual santo religioso dice que las cosas de aquella primera sazón andaban muy a malas y cada día iban de mal en peor; cuyo principal origen fue haber salido don Pedro de Alvarado con un buen escuadrón de gente a la conquista de Gua-